

Juan Calvino,
el reformador de Ginebra

Giorgio Tourn

EDITORIAL CLIE

C/Ferrocarril 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



Publicado originalmente por Claudiana srl bajo el título
Giovanni Calvino, il riformatore di Ginevra por Giorgio Tourn.
Copyright © Claudiana, 2009. Torino.

Traducción y adaptación al castellano: Luis Vázquez Buenfil
Revisión final: Leopoldo Cervantes-Ortiz

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)»

© 2016 Editorial CLIE, para esta edición en español

JUAN CALVINO, EL REFORMADOR DE GINEBRA

ISBN: 978-84-9445-277-2
Depósito legal: B. 10853-2016
Biografía
Historia
Referencia: 224958

Impreso en USA / Printed in USA

ÍNDICE

Una palabra del autor	5
Prólogo, Pierre Gisel	7
CAPÍTULO 1. Juventud	11
A la sombra de la catedral	11
Entre Meaux y la Sorbona	13
CAPÍTULO 2. Humanista	17
El abogado	17
El señor de Espeville	20
Conversión	23
El exilio	25
CAPÍTULO 3. Ginebra, la fuerte	31
<i>Post tenebras lux</i>	31
Reformar una ciudad	34
Pronta y sincera	37
CAPÍTULO 4. Refundar la iglesia	39
Aquél francés	39
En la quietud de Estrasburgo	44
Experiencias	49
CAPÍTULO 5. Los trabajos y los días	53
Las <i>Ordenanzas eclesiásticas</i> y la sociedad civil	53
El Consistorio: modelo de gobierno democrático	55
La autoridad de la Escritura y la doctrina de la predestinación	60
¿El siglo XVI en un año? 1549	63
“Libertarios”, no “libertinos”	65
Miguel Servet: un error del tiempo	67
CAPÍTULO 6. La nueva Ginebra	73
Hombres nuevos	73
La ofensiva calviniana en Francia	75
La Academia: una institución soñada.....	76

Calvino: un gurú a la francesa	79
Teo-cracia: entre “clero-cracia” y “demo-cracia”	82
Los fundamentos de la civilización moderna	84
<i>Tacui, Domine, quia fecisti</i> (Sal 39:9)	86
Calvino e Italia	88
Lecturas para profundizar	91

Una palabra del autor

Giorgio Tourn

Este libro es una historia muy simple, poco más que un esbozo, sobre la vida del reformador de Ginebra y, como todos los libros, tiene su propia historia. No nació por casualidad. Cuando apareció por primera vez (en 1965), se trataba de un pequeño folleto que la editorial Claudiana, la casa de publicaciones de los valdenses de Turín, había planeado dentro de la serie “Biografías de protestantes ejemplares”, planeada para lectores adolescentes.

Se trataba de evocar a un personaje desconocido cuya biografía tiene muy pocas aventuras emocionantes, quien al parecer sólo vivía en los libros, pero que hizo historia. Hice todo lo posible para “contar al hombre de Ginebra” y pude constatar que la experiencia resultó emocionante, pero me fue mucho más difícil abordar su teología. Cuando el editor pidió que transformara ese folleto en un libro para un público adulto, en esa época estaba trabajando en la primera traducción italiana de la *Institución de la religión cristiana*, la obra maestra de Calvino. Naturalmente rechacé el trabajo porque tenía la impresión de bajar el nivel de un mundo genial al ámbito de lo banal.

Posteriormente, teniendo en cuenta que este libro tenía como destinatario el público italiano que, hasta finales del siglo XX, ignoraba de manera casi absoluta los acontecimientos relacionados con la Reforma Protestante, cambié de opinión. Los universitarios tienen naturalmente a su disposición todas las obras publicadas para adquirir la información necesaria, pero los conocimientos de los lectores comunes rara vez son superiores a aquellos de los adolescentes de mi primer folleto, es decir, piensan que los protestantes son solamente los disidentes heréticos que pusieron en crisis la Europa cristiana y su unidad. Cuando se menciona a Calvino en esos medios, se afirma que fue el intelectual que inventó la doctrina de la predestinación que suprimió la libertad y que cualquier persona razonable no puede aceptar. Es el “dictador de Ginebra” que transformó la ciudad en un campo de concentración y, sobre todo, es el personaje que

condenó a Servet a la hoguera. Frente a esas imágenes, no pude más que aceptar el reto y, teniendo constantemente presentes a los futuros lectores en la elaboración de este pequeño libro, evoqué no sólo al personaje sino también las cuestiones teológicas y culturales surgidas en el siglo XVI. No sabría decir si ese trabajo ayudó a cambiar las opiniones comunes, aunque eso siempre es difícil de lograr especialmente en el ámbito religioso.

Cuando esta pequeña “vida de Calvino” dejó Italia y entró a Francia, gracias al catálogo de las ediciones Olivétan (2008), me sorprendí enormemente: los lectores franceses conocen a su compatriota mucho mejor que los italianos y tienen a su disposición todo tipo de trabajos para documentarse. Naturalmente, estoy aún más sorprendido al ver este pequeño libro proseguir su viaje y saber que esta edición en castellano hablará a los lectores que utilizan el idioma de Miguel Servet e Ignacio de Loyola, dos grandes intelectuales que plantearon, como lo hizo Calvino, el problema de la religión cristiana en los comienzos del mundo moderno.

Turín, 13 de marzo de 2016

Prólogo

*Pierre Gisel**

Nacido en 1930, Giorgio Tourn es pastor de la Iglesia Valdense del Piamonte (norte de Italia),¹ iglesia que, después de que el disidente y fundador del movimiento “Pobres de Lyon” hacia 1170, Pedro Valdo o Valdés; se unió a la reforma protestante del siglo XVI (una decisión de 1532). El libro que presentamos aquí es una bella obra de divulgación, en el mejor sentido del término. Nos adentra, de una manera agradable, a la acción y al pensamiento de Calvino, siguiendo sus pasos en un siglo XVI donde todo se mueve en la cristiandad latina: diversas reformas, el humanismo, el comienzo de lo que los historiadores llaman hoy la “primera modernidad”, que ya no es la Edad Media, incluso si las líneas que dividen estas periodizaciones nunca son claras y persisten los legados y otros matrices.

Ese siglo XVI no es aún la modernidad tal como nosotros la entendemos, la de las Luces, con sus afirmaciones políticas y sus nuevas relaciones con la historia, atravesada por la emancipación y por la autonomía del sujeto, e incluso si, allí también, se pueden ver, *a posteriori*, anticipaciones y pensamientos sobre esos momentos, aunque fuesen diferidos.

Tourn nos hace sentir excelentemente el contexto histórico, cultural, eclesial y político de los compromisos y de la obra de Calvino, el francés que terminará por ser conocido como “el reformador de Ginebra”, el hombre que aseguró o, en todo caso, institucionalizó la Reforma, por cierto, bajo un modelo original, muy diferente del modelo de Lutero y de los príncipes alemanes. La de Ginebra fue también una Reforma muy diferente de la de las otras ciudades suizas (Zúrich, Basilea y Berna, todas ellas marcadas por el sello de Zwinglio). Fue otra reforma, también

* Profesor honorario de Teología sistemática de la Facultad de Teología y de Ciencias de las Religiones de la Universidad de Lausana, Suiza, ex pastor de la Iglesia Protestante de Ginebra. Autor, entre otros, de *Le Christ de Calvin*. París, Desclée, 1990 (2a ed., corregida y aumentada, 2009) y director editorial de la *Encyclopédie du Protestantisme*. París-Ginebra, Cerf-Labor et Fides, 1995 (2a ed. aumentada: París-Ginebra, Presses Universitaires de France-Labor et Fides, 2006).

¹ Giorgio Tourn ha publicado varias obras sobre la historia de esta Iglesia, desde su fundación hasta la actualidad.

diferente por supuesto, de la que emanó del Concilio de Trento (1645-1663) para dar forma a la Reforma Católica o Contrarreforma.

Las circunstancias históricas son siempre decisivas para comprender lo que está sucediendo y dejarse instruir por ello. Para introducir y poner en perspectiva lo que sucede y en qué forma, en sus fortalezas y limitaciones. El libro de Tourn proporciona bien estas dos últimas características, aunque no siempre está exento de un poco de apologética, en el tono e, incluso, a veces va más allá.² ¿Por qué? Porque el autor de este texto está comprometido y es un hombre de convicciones.

Comprender la Reforma y regresar a ella no consiste en aislar el momento y las afirmaciones para repetirlos, como si ellos pudieran cristalizar fuera de su contexto. Al contrario, es en relación con su tiempo que una posición asumida y defendida —e, incluso aquí, instaurada o edificada—, es lo realmente significativo (en su momento, una preocupación constante de Calvino). Y es así que ella debe ser evaluada, por lo que fueron su fuerza y sus debilidades, como toda posición.

Tourn hace ver más allá de las caricaturas que se refieren a Calvino (y vaya que son bastantes): el supuesto autoritarismo (que debe ser matizado al mínimo), la ausencia de diferenciación entre política y religión (que, como tal, es falsa), una moralización extensa (lo que debe ser puesto de nuevo en su época, sobre todo al comienzo de la primera modernidad, globalmente “disciplinaria”, como diría Michel Foucault).

En ocasiones se piensa espontáneamente en la Reforma Protestante como *la* antítesis del catolicismo. Pero antes hay que ver que este catolicismo fue diverso y lo sigue siendo. En este caso, se trata, en la primera mitad del siglo XVI, de un catolicismo atravesado por movimientos de reforma (incluyendo tanto a Calvino como a Lutero, quienes participan en ellos, antes de tener que adaptarse a una ruptura de hecho).

Por otra parte, no hay que olvidar que el catolicismo de la Reforma Católica, posttridentino, presentará una cara muy diferente del catolicismo de la Edad Media. En el siglo XVI, todo el mundo se movió para hacer frente a datos y nuevas preguntas, pero todos, como es normal, no lo hicieron de la misma manera y no respondieron igual a las preguntas de su época. A esto se suma el hecho de que, al lado de la Iglesia Católica y

² Este aspecto me parece más claro en el último capítulo, el 5, “La nueva Ginebra” y, de pronto, vuelve la imagen expuesta menos convincente, a veces demasiado centrada sólo en Calvino y focalizándose únicamente en Ginebra. De esta manera no hace verdaderamente justicia a las posiciones católicas que expone.

los reformadores protestantes, también surgió la Reforma “radical”, es decir, los anabautistas, así como la reforma de los disidentes más libertinos. En este punto, el trabajo de Tourn es también un esclarecedor recordatorio de que Calvino luchó, por así decir, contra dos frentes, y que el frente constituido por la Reforma “radical”, de tipo utópico o anarquista, tanto en materia política como religiosa, para él, era igualmente tan decisivo como el frente “anti-papista”.

En este libro, el lector encontrará, al mismo tiempo, a un Calvino preocupado por los contactos internacionales y por los acuerdos interconfesionales, especialmente con los zwinglianos, donde él pasa primero el interés de un tratado antes que la afirmación de sus propias y únicas posiciones. Tourn no entra aquí en el desarrollo de las temáticas teológicas que están en juego (no es que no las conozca, pues fue quien tradujo al italiano la magna obra de Calvino, la *Institución de la religión cristiana*). A través del recorrido por el que nos conduce, sin embargo, los señala y los sitúa, lo que ya es bastante.

Los protestantes celebrarán, en 2017, el 500° aniversario de las 95 tesis de Lutero que pusieron en marcha la Reforma, entonces en relación con las indulgencias que dieron lugar, histórica y simbólicamente, a la “escena primitiva”.³ Bella oportunidad para ocuparse de un pasado. Bella oportunidad para releerlo y cuestionarse, como debe hacerse con cualquier tiempo pasado. Bella oportunidad para descubrir que este pasado es más diverso de lo que a veces se piensa y, tal vez, un poco diferente de como nos hubiera gustado que fuese. Todo esto es esencial. Y todo esto debe ser repensado en el marco de una época, la nuestra, que no es la misma.

Una vez más, se requiere dejarse instruir por el pasado —focalizarse sólo en el presente, puede resultar cegador—, pero no con el objetivo de repetir el pasado. Para los protestantes no se trata de repetir a los reformadores, sea Calvino o los demás. Como, para todos los cristianos, tampoco hay que repetir los comienzos del cristianismo. Asimismo, la distancia y la diferencia temporal no nos obligan solamente a reinventar, aunque esto lo reclama un pasado. Ésta debe ser también la ocasión para mejor medir los límites, las ambivalencias y los propios riesgos. No para hacer reproches a quienes nos precedieron sino para, nuevamente, dejarse instruir. Todo movimiento tiene sus ambivalencias y sus efectos instructivos, aunque no todos hayan sido los deseados.

³ El lugar de la “justificación por la fe” que es un principio al que Calvino se adhería tanto como Lutero, incluso si ellos lo ponen en acción y lo vuelven operacional en el coracón de exposiciones teológicas muy diferentes y de construcciones eclesiásticas y sociales también muy diferentes.

La diferencia confesional entre católicos y protestantes deberá, entre otras cuestiones, ser el objeto de una evaluación a distancia. Es que allí también —y allí, más precisamente— cada una de las posiciones presenta sus fortalezas y sus debilidades, cada vez relacionadas entre sí: las debilidades son con frecuencia el reverso de tal fuerza y se trata de tomar la medida del conjunto. Esto se logrará especialmente hacer a partri de varios ejes: primero, el eje de las *mediaciones* (los protestantes a menudo han denunciado las mediaciones establecidas por el catolicismo como fuentes de la idolatría, pero, de pronto, han soñado con formas religiosas fuera de las inscripciones sociológicamente consistentes).

Sobre el eje de la *institucionalización* (los protestantes suelen frecuentemente sospechar de la institución, como cerrazón, es decir, como una traición, pero han sido repentinamente débiles para dar socialmente cuerpo al Evangelio, fuera de las disidencias).

Sobre el eje de la *relación con la cultura* (los protestantes critican con frecuencia los compromisos católicos con las culturas de la época, populares u otras, recalcando gustosamente la especificidad y la pureza del Evangelio, pero esas actitudes pueden conducir pronto a posiciones, de hecho, sectarizantes).

Sobre el eje de la *relación con la historia* (los protestantes han criticado la tradición, lo que es siempre querido por todos, pero, sorprendentemente, no siempre han estado exentos del fantasma de afirmar un supuesto “origen puro”, ajeno precisamente a la historia⁴).

Sobre el eje del *estatus y la forma de la verdad* (la “justificación por la fe” es un *principio* más que una referencia o más que un texto alternativo, entre otros, entre los cuales habría que escoger y que serían como tales, verdaderos o falsos, un punto que no siempre es bien percibido).

Eso es lo que espera a cada uno, en el horizonte del mundo y de las culturas. Y en un tiempo de transformaciones que no son las del siglo XVI, y probablemente, tampoco las que conocimos hasta hace algunos decenios porque vivimos en un tiempo de nuevos y enormes desafíos.

⁴ El mismo Tourn parece sucumbir a esto cuando dice, en buena parte de este texto, que la *Institución de la religión cristiana* de Calvino sería “una colección temática de datos bíblicos” más que una teología sistemática (capítulo 4, “Gurú”), lo que no me parece tan exacto, incluso si las citas bíblicas son constantes (aunadas a otras referencias a los Padres de los primeros siglos o a los teólogos de la Edad Media) y que Calvino es, por otro lado, un gran comentador de la Biblia. Globalmente, no hay que olvidar que Calvino reconoció, como Lutero —a diferencia de la Reforma “radical”—, los cuatro primeros “Concilios ecuménicos”, trinitarios y cristológicos, hasta el de Calcedonia de mediados del siglo v. Todo esto es, sin embargo, un momento de tradición y de construcción teológica, diferentes y a distancia de la sola Biblia.

CAPÍTULO I

Juventud

A la sombra de la catedral

Primavera de 1521. El cambio de los tiempos modernos estaba revolucionando la Europa medieval. Un nuevo continente había sido transformado bajo el impulso del humanismo. A un ritmo frenético, las innovaciones se sucedían en las artes y en las ciencias. En Noyon, en Picardía, sin embargo, la vida continuaba desarrollándose muy tradicionalmente a la sombra de la catedral, el gran edificio que dominaba la ciudad y que recordaba, a todos, la plaza preponderante de la Iglesia en la sociedad.

El notario y el responsable fiscal del capítulo de la catedral era el abogado Cauvin. Gracias a sus relaciones con los medios eclesiásticos obtuvo un beneficio que le permitió a su hijo, Juan, proseguir sus estudios. Eso sucedió el 19 de mayo de 1521. Que un “beneficio”, es decir, los ingresos económicos de una capilla (rendimiento de la propiedad, misas, ofrendas), fuera atribuido a un laico, además adolescente, no planteaba ningún problema. En ese momento, ¿Felipe de Saboya no se había convertido en obispo de Ginebra a los 7 años? Esta práctica tradicional de la venta de los beneficios, de las cargas eclesiásticas, de las indulgencias, provocó reacciones en toda Europa. Cuatro años antes, en 1517, el monje Martín Lutero había expresado en sus 95 tesis una protesta que se expandía rápidamente e, incluso, el hecho de que había sido excomulgado en 1521 no había puesto fin al movimiento. Al contrario, la publicación de textos polémicos como *La cautividad babilónica de la Iglesia* y *A la nobleza alemana* comenzaron a desencadenar un debate ardiente en la opinión pública europea. A los 12 años, el joven Calvino ignoraba probablemente todo esto y su única preocupación era estudiar latín en la pequeña escuela de Noyon.

Si es verdad que el hombre adulto es el fruto de su infancia, hay que echarle un vistazo rápido al medio en el que creció Juan Calvino. Su

familia es de origen modesto, pero ha adquirido una abundancia relativa a fuerza de celo y de trabajo; es, pues, un medio burgués, en el sentido moderno, donde el trabajo se combina con el estudio y tiene como objetivo la realización de sí y de un proyecto de vida. Contrariamente a la mayoría de los reformadores, nuestro hombre no es de origen campesino. No conoce directamente las condiciones miserables en las que vive la mayoría de la población; pero crece en un entorno urbano; es un hijo de la burguesía, la clase media que está subiendo.

La casa del abogado Cauvin y de sus hijos —tres chicos y dos chicas (sólo se tienen huellas de Juan y Antonio, que lo seguirá hasta Ginebra)— fue, sin embargo, muy pronto privada de la presencia de la madre, bella y piadosa mujer de buena familia, quien murió cuando Juan no tenía más que seis años. ¿Esta ausencia pudo haber dejado algunas huellas en una personalidad tan compleja como la de nuestro hombre? Es muy probable que este luto haya acentuado el aspecto melancólico y sensible de su carácter. La imagen que se ofrece regularmente de él —con adjetivos tales como “oscuro”, “negro”, “triste”, sin hablar naturalmente, de “despótico” o de “tiránico”— es, sin embargo, el fruto de una polémica tradicional, y puede referirse únicamente al hombre envejecido prematuramente, a causa de sus enfermedades y de sus combates.

Porque, incluso si es poco explicativo y, sobre todo, un apasionado de los libros, Juan fue un niño como los otros, que cuenta también entre sus compañeros de estudios a los hijos de una familia prominente de Noyon, los Hangest, con quienes frecuenta su casa con regularidad. El hecho merece ser señalado porque nosotros salimos, así, del medio de la burguesía urbana para entrar en el medio de la antigua nobleza francesa: Louis de Hangest-Montmort, hermano del Obispo de Noyon, había sido escudero de Ana de Bretaña.

¿Qué huellas dejó ésta relación en él? Sin querer lanzarse en deducciones demasiado apresuradas, se puede preguntar si no es de este medio noble que le viene por casualidad el estilo, ligeramente aristocrático, que caracteriza su comportamiento y le permitirá dirigirse sin complejos, pero tampoco sin arrogancia, a los reyes de Francia y de Inglaterra, a un noble húngaro o a un cardenal. El abogado Cauvin tiene naturalmente grandes proyectos para este hijo y, una vez la educación primaria terminada, lo envía a París con un tío para que frecuente los mejores establecimientos de la capital.

El París que descubrió Juan es un mundo en plena transformación; la Catedral de Nuestra Señora ya no era el único emblema de la ciudad:

al lado de ella se erigieron viviendas principescas, palacios reales, librerías donde se encuentran las últimas novedades bibliográficas y culturales. Era un mundo donde se afirmaba la cultura humanista de influencia italiana y sobre el que reinaba Francisco I, joven soberano moderno a quien le gustaba jugar al gran señor del Renacimiento, rodeado de una corte de artistas y de letrados.

Calvino frecuentó, en primer término, el colegio de la Marche, donde tuvo un excelente maestro de latín, Mathurin Cordier, quien lo alcanzaría en Ginebra después de haberse convertido al luteranismo. El joven estudiante pasó enseguida a uno de los más célebres colegios de la capital, el Montaigu, edificio sombrío donde se preparó para el sacerdocio en un ambiente de mortificación: despertar al amanecer, alimentación rara, recurso a los golpes a la mínima infracción.

Aquí estudiaron los principales personajes del siglo: Erasmo, que se llevaría sólo el recuerdo de los piojos y las escrófulas; Rabelais e Ignacio de Loyola, que juraron ya nunca más volver a poner los pies. Sin embargo, Calvino no conservó un recuerdo tan negativo de su estancia en París: si éste ciertamente no mejoró su salud (migrañas y males del hígado harán de su vida un sufrimiento continuo), esos años sentaron las bases de su formación cultural, familiarizándolo con el latín y enseñándole el arte del debate. Sus profesores no pudieron más que tener grandes esperanzas en un estudiante tan aplicado y serio, y esperaban verlo abrazar el camino eclesiástico. Pero no fue así. Tal vez a causa de una pelea con el Capítulo de Noyon, de la cual se desconocen los motivos; o puede ser por cálculo económico que el Maestro Cauvin eligió para su hijo el Derecho, y éste obedeció sin discutir: para Calvino, lo esencial era poder estudiar en paz. Él sería, pues, abogado, como lo quiso su padre, al mismo tiempo que seguía siendo un buen católico.

Entre Meaux y la Sorbona

Mientras Calvino seguía diligentemente sus estudios, el mundo religioso francés era agitado por fuertes tensiones. En una sociedad todavía muy marcada por la Iglesia, el clima de la novedad no puede extenderse tampoco al aspecto religioso de la existencia. Desde hace tiempo, el país ve emerger un movimiento reformista de tipo evangélico, el que —a pesar de que sigue atado a la tradición católica— se esforzó por eliminar los elementos dudosos. Inspirado por la obra de Erasmo de Rotterdam (del que Lutero y Zwinglio habían utilizado el Nuevo Testamento griego

para sus traducciones alemanas) y de su discípulo, Lefèvre d'Étaples (otro biblista célebre por haber traducido el Nuevo Testamento al francés), este movimiento preconizaba la purificación de la fe cristiana a través del regreso a las fuentes bíblicas.

Más mística que teóloga, Margarita de Navarra, hermana del soberano, presentaba una religiosidad diferente. Alrededor de ella y de su corte se constituyó un círculo reformista donde aparecen personalidades importantes: el mismo Lefèvre, Gérard Roussel, predicador de talento, y el poeta Clemente Marot, sospechoso de afinidades con el luteranismo. El epicentro de este reformismo evangélico francés fue la diócesis de Meaux, pequeña ciudad de los alrededores de la capital. El piadoso Guillaume Briçonnet, erudito enviado como obispo, encuentra una situación de ignorancia deplorable y se ocupa en remediarla limitando el culto de las reliquias y el comercio de las indulgencias, imponiendo al clero cursos de doctrina; pero, sobre todo, programando varias series de predicaciones sobre la Santa Escritura.

La diócesis de Meaux se convirtió así en el laboratorio de una reforma moderada del catolicismo, en la que trabajaron Lefèvre y un equipo de predicadores, entre los cuales estaba Guillermo Farel, del que hablaremos más tarde. En un campo que podría considerarse estrictamente cultural, pero que tiene fuertes incidencias sobre lo religioso, Francisco I funda en 1530 el Real Colegio de los Lectores Reales —el futuro Colegio de Francia—. A pesar de que aún no contaba con propia sede, prestigiosos profesores comenzaron sus cursos: Pierre Danès enseñaba griego, y Vatable, hebreo.

Todos estos hombres, profundamente creyentes, ponían la ciencia y la teología al servicio del pueblo cristiano, convencidos de que el estudio de las Escrituras y la difusión de la cultura sólo podían sostener la fe y remediar la ignorancia y la corrupción, situaciones demasiado frecuentes en las instituciones eclesiásticas. Aquellos que creían que estas experiencias de reforma, sentida por los sacerdotes, los laicos, los eruditos y los burgueses, también eran sostenidas por las autoridades eclesiásticas, son decepcionados: la reacción es el pánico, la rigidez y toda proposición de reforma es rechazada.

La Universidad de la Sorbona condenaba sin apelación no solamente *El espejo del alma pecadora*, de Margarita, sino también la enseñanza de las lenguas bíblicas dada por los lectores reales. ¡La tesis según la cual había que conocer el griego y el hebreo para comprender mejor las Santas Escrituras fue juzgada como herética! Más grave aún: Briçonnet fue

obligado a retirar sus reformas y Lefèvre a retomar su vagancia a través de Francia. ¿Qué sabía Calvino de todo esto? —el asunto de Meaux, la condenación a la hoguera de Juan Valliere, franciscano acusado de blasfema, el auto de fe de las obras de Lutero incautadas en las librerías, una estatua de la Virgen decapitada por desconocidos, que da lugar a una semana de penitencia ritual, y desata la caza al luterano?—.

No puede haber ignorado todo esto por completo: eran los acontecimientos del día, los temas de todas las conversaciones de París, incluso si estaban lejos de sus preocupaciones de estudiante. Lo que no sabe es si estos eventos estaban marcando el comienzo de una larga historia de martirio y de persecución a la que estaría ligado más tarde, lo quisiera o no.